

LA PRIMAVERA.

COLECCION DE POESIAS,

DE

Don José Selgas y Carrasco.



MADRID,

IMPRENTA DE ESPINOSA Y COMPAÑIA.

1850.



PROLOGO.

AL QUE LEYERE.

La historia de la publicacion de éste libro es la siguiente:

En la modesta morada de un jóven cuyo elevado talento y vasta ciencia son tan conocidos de pocos, cuanto dignos de ser apreciados de muchos, se reunen dos veces cada semana varios otros jóvenes con el fin de consagrarse al cultivo de las letras y de adquirir, alentados de un noble estímulo, conocimientos de que carecen, por desgracia, algunos de nuestros ingenios mas famosos.

Semejantes reuniones son tan sabrosas como útiles. En ellas no impera ningun género de charlatanismo. En ellas no se estudian las artes de engañar á la multitud, levantando mentirosos aparatos de ingenio y ciencia que la deslumbren, ni se reduce á práctica la enseñanza de combinar banderías cuyo destino sea crear injustas reputaciones y ejercer el monopolio de la fama en la esfera de la inspiración.

A una de estas reuniones me condujo mi buena suerte hará como tres meses y medio, y confieso que, aun prescindiendo de las felices consecuencias de tal visita, no podré menos de recordarla siempre con delicia, merced al agradable espectáculo que en ella tuve el gusto de presenciar.

Nueve ó diez jóvenes, presididos por el dueño de la casa, se ocupaban en escuchar el análisis que hacía otro de ellos de la *Medea* de Séneca, y se preparaban á dirigir objeciones al imberbe crítico, cuya pericia en el conocimiento del rico idioma del Lacio me pareció tan notable como rara. El orador á quien aquella noche habia tocado examinar lo mas interesante acaso de las producciones del gran trágico latino, no solo trazó un cuadro completo á grandes rasgos del estado de la civilizacion romana á la aparicion de la *Medea*, para poder apreciar mejor la importancia de esta obra, sino que la analizó con arreglo á las teorías de la ciencia moderna, manifestándose tan versado en el conocimiento de las prescripciones aristotélicas y horacianas como en el de Hegel, Lessing, Gioberti y demas grandes pensadores de Alemania, Italia y Francia.

Allí no habia discípulos ni maestros; y, sin embargo, todos concedian espontáneamente los fueros de tal al que habia concebido el pensamiento de realizar tan provechosos estudios; alabando ser útil y deseoso de influir, en el mejoramiento de nues-

tra literatura, malherida en brazos de los fabricantes de versos, habia querido establecer un gimnasio modesto, circunscrito, en el cual rindiesen culto cuantos se hallaren codiciosos de aprender y fueren enemigos del estrépito, no á la moda pasagera, no al entronizado ignorantismo, sino al arte civilizador y fecundo.

Satisfecho de hallar tal suma de saber en tan breves años; admirado de la rectitud de juicio y del buen gusto del jóven crítico, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y dándome interiormente el parabien por los frutos que deberán producir tales reuniones en época no lejana, iba á despedirme ya del Anfiteon de aquel festin literario, el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, cuando este me advirtió de que aun habriamos de gustar nuevos manjares antes de la terminacion del banquete.

La costumbre autorizada en el pequeño Liceo de que hago mérito es, en primer lugar, leer uno ó mas capítulos de los consagrados por algun célebre preceptista á determinar las condiciones fundamentales del arte, y discurrir acerca de su contenido para apreciar debidamente el valor de la doctrina. En seguida procede el individuo designado por la suerte en la semana anterior á examinar, desde el punto de vista que mas le place, alguna de las preciosas joyas dramáticas que nos ha legado la antigüedad ó que enriquecen la literatura española y estrangera de nuestros tiempos; y, por último, se leen composiciones poéticas de los

circunstancias y se analizan y corrigen con una buena fé y un amor verdaderamente fraternal.

Por una casualidad, que sentí entonces y que despues he estimado providencial y dichosa, el alumno de las musas, cuyas poesías debian ocupar á la asamblea en aquella noche, habia olvidado el borrador de los versos que pensaba someter al fallo de sus amigos. Mucho me dolí de este olvido, porque deseaba conocer prácticamente los frutos de semejante ejercicio; pero aun fué mi sentimiento mayor, cuando supe que entre las composiciones olvidadas habia una cuyo destino era execrar las miserias de la envidia y la fatuidad de la ignorancia.

En tiempos como los nuestros; cuando se sublima á tanta altura la procacidad de los ídolos perecederos del vulgo; cuando tan malas artes se emplean para anular con la intriga lo que no se puede abatir con el talento; cuando tan rápidos progresos se han hecho en el estudio de la hipocresía de la franqueza, y la envidia (tanto mas intolerante y sórdida cuanto mayor es la conciencia de su pequeñez) intenta sofocar el fuego de la verdad, sin conocer que este fuego acabará tarde ó pronto por abrasarla, es de suma importancia á no dudarlo, dirigir el rayo de la inspiracion satírica contra el abrigo pestilencial y orgulloso de las pasiones que envilecen la augusta raza del hombre.

—Si no temiera molestar á ustedes (dijo en—

tonces uno de los circunstantes) les daría á conocer algunas poesías de un jóven de mi pais, tan rico en infortunios como en ingenio, y dotado de cualidades morales que le debieran conquistar el aprecio de todo el mundo. Hace ya mas de seis meses que me envió un cuaderno de composiciones titulado *La Primavera*, y hoy es el dia en que aun no he podido conseguir que nadie quiera escucharlas.

—¿Y cuál es el nombre de ese ingenio desconocido? preguntamos todos en coro.

—*José Selgas y Carrasco*, respondió el jóven. Creo, añadió con el fuego de un entusiasmo generoso, que no me ciega la amistad en cuanto á su mérito, y que estas poesías, aunque poco afortunadas como el que las ha creado, son de mas precio que muchas de las que publican y ensalzan diariamente los periódicos de la corte.

—Veámoslas, pues, dijo otro de los concurrentes. Juzgo, sin que me asista para hacerlo razon ninguna ostensible, que no se equivoca en esta ocasion el amigo Arnao (1). La circunstancia de no sernos conocido el nombre

(1) D. Antonio de Arnao, jóven de 22 años, natural de Murcia, y poeta de claro ingenio y buen gusto.—Murcia ha producido en estos últimos años algunos hombres de mérito cuyos albores dan muy felices esperanzas para lo futuro. A este número pertenecen Selgas, Noriega, Arnao y algunos mas que no tardarán mucho en darse á conocer ventajosamente en la república de las letras. En la de las artes deberá ocupar en breve el puesto que sabrá conquistarle su talento el jóven pintor German Hernandez.

de Selgas me impele á creer que sus obras se elevan sobre la esfera de lo vulgar. Si así no fuese, á estas horas nadie ignoraría que existe, y la prensa lo habría coronado una y mil veces de aplausos de gacetilla. Poeta que no mete ruido, que no intriga, que no se elogia á sí mismo, debe ser bueno por fuerza.

En esto el jóven Arnao desenrolló el cuaderno de poesías, y, con una sencillez que revelaba la bondad de su corazón, dijo: «Si estas cándidas inspiraciones hablan al alma de ustedes como á la mia, si logran interesar á los que me escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya experimentado jamás.» Y leyó un precioso idilio titulado *La caridad y la gratitud*, en el que pinta el poeta, valiéndose de una ingeniosa alegoría, la escelencia de ambas virtudes y los beneficios que resultan de practicarlas.

Desde que tuvimos el gusto de oír las primeras redondillas de la composición comprendimos que los versos que escuchábamos eran hijos de un poeta. A la terminación de la lectura todos creíamos que el autor de aquellas delicadas imágenes debía poseer un alma tan pura como sus versos.

Sin embargo, *La caridad y la gratitud* no es de las mas correctas ni de las mas profundas inspiraciones del libro; y Arnao, que había querido proporcionarnos el placer de que saboreásemos gradualmente la belleza de tales flores, leyó en seguida la que él denominó *El*

retrato del poeta; es decir el idilio, rico en espontaneidad y galanura, titulado *La Modestia*. Esta gallarda poesía fué acogida con el mayor entusiasmo. Su mérito debia naturalmente producirlo; pues de mí sé decir que he leído pocas en las que un pensamiento mas bello esté espresado en mas delicada forma.

A poco rato la reunion quedó terminada, y los que asistiamos á ella abandonamos el lugar en donde acabábamos de adquirir el conocimiento de un verdadero poeta. Desgraciadamente son tan pocos los que merecen este nombre y tantos los que lo usurpan, que la aparicion de un vate digno en el campo en que pululan tan torpes grajos, es un acontecimiento para los amantes de las letras!

Al despedirme rogué á Arnao que me facilitase por algunos dias las composiciones de Selgas y le pedí que me autorizase para dar á conocer públicamente el indudable mérito de su amigo y paisano. Su amabilidad accedió á todo, y á los pocos dias tuve el gusto de insertar en las columnas de *El Heraldo* (periódico que se goza de dar aliento á la juventud que vale), algunos renglones destinados á anunciar que acababa de aparecer en el cielo de la poesía española una estrella de clarísimo esplendor.

El público ha visto en las composiciones de Selgas insertas en *El Heraldo* lo mismo que en ellas habian aplaudido los individuos que se reunen periódicamente en la calle de la

Almudena, y ha confirmado su fallo de todo en todo. Siquiera en esta ocasion ha sido justo. ¡Deja de serlo tantas veces! ¡Es tan dócil para tolerar que su opinion sea suplantada cuando hay audaces empeñados en conseguirlo!... Pero, afortunadamente, Selgas no era conocido aun cuando aquellas se publicaron, y no habia sido posible á la maledicencia envidiosa preparar el terreno en contra suya. ¿Será hoy lo mismo? ¿Habrá la misma buena fé para aplaudir lo que en el primer momento de sorpresa no se pudo condenar, porque la mayoría del público lo aprobaba, y ciertas gentes nunca se olvidan de representar el papel de cortesanos aduladores del vulgo?

Los que habían escuchado con mofa de lábios autorizados (1) que las composiciones de Selgas poseían un mérito indisputable y venían á enriquecer legítimamente el Parnaso español de nuestros dias; los que sin conocer las bondades ó defectos de tales obras habian puesto en duda el talento del poeta, porque nadie conocia su nombre, y, sobre todo, porque no habia recibido el bautismo de la fama en el ahumado recinto del café del Príncipe; los que al ver el buen efecto que habian producido en la generalidad de los que sienten y piensan las tres composiciones sometidas en *El He-*

(1) Los de D. Rafaél María Baralt, D. Juan E. Hartzembusch y D. Felix de Uzuriaga, que habian leído en mi casa y celebrado lealmente algunas poesías del vate murciano.

raldo al fallo de las personas de gusto, variaron de opinion y cesaron de condenar el entusiasmo *extravagante* de los que tenían la *candidex* de aplaudir á un desconocido, ¿no buscarán hoy desde el polvo de su impotencia recursos para abatir al que reclama ser oido con tan valaderos títulos? ¡Plegue al cielo que no me engañe, aunque no sea mas que por honor del gremio que se dá á sí propio el nombre de literario!

Pero digamos, antes de proseguir esta historia, algunas palabras relativas á las circunstancias de su héroe. D. José Selgas y Carrasco, nació en Murcia á fines de 1824. Su padre, D. Juan Antonio, fué honrado interventor de correos de aquella Administracion principal. Declarado cesante, á pesar de su probidad reconocida y merced á sus opiniones contrárias aunque inofensivas, al órden de cosas inaugurado en 1833, sufrió inmerecidas desgracias y al fin murió de pesar, no dejando á sus hijos mas herencia que su buen nombre, y á su esposa la modesta pension de viuda correspondiente á su destino.

El jóven Selgas estudió con aprovechamiento la lengua latina y sus clásicos y la filosofía en el seminario conciliar de san Fulgencio. La falta de medios no le permitió seguir una carrera literaria. Desde los primeros años de su juventud se dedicó á aliviar la suerte de su familia, ocupando modestos y subalternos puestos en algunas dependencias y oficinas de

la provincia, en las que siempre obtuvo el aprecio de sus gefes por su clara comprension, por el buen desempeño de los negocios que se le fiaban y por su honrado porte y suma delicadeza.

En sus horas de descanso se dedicaba á cultivar la literatura y la poesia, dando á conocer desde luego sus buenas disposiciones; y todavía era muy jóven cuando escribió un *Cuento* en el que, á vueltas de un plan desarreglado y un interés casi nulo, se encuentran descripciones llenas de vida y versos tan hermosos y galanos como los del Sr. Duque de Rivas en *El moro espósito*, poema cuya forma se propuso imitar nuestro poeta. Además ha escrito poesías líricas muy bellas, y tres comedias en uno, dos y tres actos, tituladas, la primera *Todo un tio*; la segunda, *Dos ángeles*; la tercera, *La piedra filosofal*. En ellas se advierte desde luego una facilidad, gracia, soltura y animacion en el diálogo que no puede menos de sorprendernos en quien comienza apenas á cultivar la poesia dramática, y la segunda ha sido representada en el teatro de Murcia con muy buen éxito.

Selgas es sencillo, bueno, afable, honrado y extraordinariamente modesto y desconfiado de cuanto es obra suya: es además muy caritativo y generoso, rayando en abandono el descuido de sí mismo.

La degradacion en materias literarias ha llegado entre nosotros á tanto, que basta saber

pensar y escribir, en prosa ó en verso, para no encontrar por nada del mundo editor que imprima y recompense medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta. Mientras mas elevado es el mérito de las obras, menos propicios suelen hallarse los editores á adquirirlas. Para encontrar editores, es necesario muchas veces haber perdido la dignidad de autor y aun la de hombre, y sobre todo, escribir mal ó traducir libros franceses.

Este cuadro parecerá exagerado y no lo es. Mas que verdaderos editores, los que en Madrid se ocupan en negociar con los frutos del ingenio, ni aun siquiera conocen lo que importa á sus intereses; y para uno que comprenda su posicion y satisfaga dignamente las condiciones de su destino, hay mil que lo desnaturalizan y degradan, envileciendo al par la literatura, coadyuvando á barbarizar el idioma, y sembrando semillas cuya ponzoña no dejará de producir resultados perniciosos, cuando apenas haya medio alguno de conjurar sus efectos.

Así, pues, los que sin conocer á Selgas anhelábamos que fuesen conocidas sus obras, desesperábamos de encontrar editor que se encargase de sacarlas á la luz pública á pesar de sus breves dimensiones, en atención á que los editores solo suelen curarse de publicar lo que entienden, y no han nacido las flores para perfumar al fiemo. Pero cuando mas difícil se nos figuraba llegar al logro de nuestros deseos; cuando yo, principalmente, pensaba recurrir

para realizarlos á la generosidad de una persona siempre amiga y protectora de la juventud y de las artes, me sorprendió agradablemente la idea de abrir una suscripción para llevar á cabo con facilidad, en honor y provecho del autor, y sin exigir de nadie lo que pudiéramos llamar sacrificio pecuniario, la impresion de tan delicadas poesías.

El ilustrado director de *El Heraldo* D. José María de Mora, autor de este feliz pensamiento, habia creido que á nadie mejor que á los que se gozaron en publicar el mérito del novel poeta correspondia afanarse en dar á luz reunidas sus castas inspiraciones; y que de tal modo patentizaria *El Heraldo*, no solo que reconoce y aplaude el mérito donde quiera que reside, sin que haya para él mejor recomendacion que poseerlo, sino que sus hombres son verdaderos amigos de la juventud, y se apresuran á auxiliarla con recursos positivos en las personas de aquellos que la representan dignamente.

Como las ideas que nacen de un sentimiento generoso dejan rara vez de ocasionar provechosos resultados, la del Sr. Mora, cuya vasta ilustracion y bondadoso carácter lo elevan á mucha altura, fué acogida y puesta en práctica en solo un punto. El éxito ha justificado lo que indico.

La lista de suscritores que llena las últimas páginas del presente libro, y otras circunstancias, que no deben ser ni serán ajenas al co-

nocimiento de quien leyere este prólogo, prueban mas que suficientemente la exactitud de mis palabras. El Sr. Mora debe, pues, estar orgulloso de su pensamiento; y los hombres que se agrupan al rededor de *El Herald* de componer la primera fraccion política (tal vez no fuera injusto darle el nombre de gran partido) que, curándose de la juventud y de las letras, ha empezado á tenderles una mano bienhechora, sacando de la oscuridad en que yacía á un jóven poeta de brillantes esperanzas.

Pero entre todos los que han contribuido á realizar esta buena accion, cuyo mayor mérito consiste en la espontaneidad con que ha sido llevada á cabo, ninguno puede estar con mas justicia satisfecho de sí mismo, ninguno es mas acreedor á la gratitud de la juventud y de las letras que el Excmo. Sr. Conde de San Luis, Ministro de la Gobernacion del Reino.

En medio de las graves atenciones del cargo que tan dignamente desempeña, el Señor Conde de San Luis, á cuya generosa solicitud por la literatura y por las artes, deben tanto unas y otra, no bien supo que existia un jóven de mérito, oscurecido en el rincon de una provincia; no bien llegó á sus oidos que las inspiraciones poéticas de este jóven salian de la esfera de lo vulgar, y que la fortuna habia sido para con él avara de sus tesoros, quiso conocer por sí propio el valor de sus celebradas composiciones; y en cuanto leyó algunas de ellas, el claro talento y fino gusto

que le distinguen le patentizaron que efectivamente Selgas no pertenecía al número de los embadurnadores que infestan el Parnaso castellano.

Merced á tal conocimiento; gracias al entusiasmo que inspira siempre al Sr. Conde todo lo que es grande y generoso, apenas le fué indicado el laudable pensamiento del Sr. Mora, cuando se apresuró á suscribirse por 400 ejemplares de *La Primavera* y á manifestar el deseo de proteger, del modo delicado y digno que sabe hacerlo, al hasta entonces poco venturoso vate.

—«El hombre que recibe tan bellas inspiraciones, dijo (después de haber leído algunas de las de Selgas y dirigiéndose al Sr. D. José Juan Navarro, persona de las que con mayor interés le hablaron en pro del poeta desconocido), bien merece la pena de que se le aliente. Y pues ingenio tan modesto ha carecido hasta ahora de ancho espacio donde volar, abramos desde hoy á sus alas mas dilatado horizonte. Animar á los jóvenes de corazón y entendimiento; buscarlos donde quiera que se encuentren; estimularlos á ser grandes y virtuosos, debe ser la divisa de nuestro partido. Bastante ha predominado en otros el favor. Predomine en nosotros la justicia; no rehusemos á los hombres de mérito los oficios de amigos y admiradores. Lo que no podamos hacer en un día, procuremos verificarlo en un año. De este modo llegarán tiempos en los que

ningun verdadero valer pueda quejarse de no haber siquiera obtenido una parte de la recompensa merecida.»

No haré comentario alguno acerca de estas palabras. Cuando hiere nuestros ojos la luz del dia, inútil fuera detenernos en probar que ha desaparecido la noche. Pero á las almas de noble temple no les basta favorecer. Para quedar satisfechas de los beneficios que derraman, necesitan al dispensar el favor, honrar al favorecido; y esta aspiracion casi divina es tanto mas admirable, cuanto es mas propio de la vanidad humana favorecer por egoismo, y blasonar de los favores en términos humillantes las mas veces para aquellos que los reciben.

El Sr. Conde de San Luis es un valedor generoso y delicado. Esto solo bastaria para hacer patentes las bondades de su corazon y la altura de sus pensamientos; dotes raras en todas épocas entre los hombres de Estado, y rarísimas, por desgracia, en nuestro siglo, en el que cuantos fijan su atencion é intervienen en la marcha de los negocios públicos, procuran representar la comedia *Cada uno para sí*, con mas propiedad y mas empeño del que puso en escribirla nuestro inmortal Calderon de la Barca.

Veamos, pues, en corroboracion de lo dicho, cómo el Sr. Conde de San Luis ofrecia su proteccion al jóven poeta de Murcia, á los pocos dias de haber visto la luz pública mi artículo de *El Herald*.

«Sr. D. José Selgas y Carrasco:

«Muy Sr. mio: He leído con placer algunas de las composiciones poéticas que forman parte de la preciosa colección á que ha dado V. el título de *La Primavera*, tanto por la delicadeza y el buen gusto que en ellas resaltan, cuanto porque descubren dotes que cultivadas con esmero, y espaciadas en mayor teatro que el de una capital de provincia, podrán dar gloria á V. y lustre á la musa española de nuestros tiempos.

«Deseoso, pues, de contribuir á la realización de esta idea; amante de los jóvenes en quienes la modestia reside hermanada con el talento; y sabedor de que V., mas rico en ingenio y en virtudes que en bienes de fortuna, desea ensanchar en Madrid el círculo de sus conocimientos y procurarse una subsistencia decorosa, tengo el gusto de ofrecer á V. mi amistad, animándolo á que venga desde luego á esta corte, donde cuidaré de que encuentre V. ocupacion compatible con sus estudios y aficiones.

«Con este motivo saluda á V. affmo. seguro servidor y amigo Q. S. M. B.—EL CONDE DE SAN LUIS.»

Pintar la impresion que debió causar en el alma de nuestro poeta la carta que acabo de transcribir fuera empeño superior á mis alcances. Sin embargo, en mi humilde concepto,

documento tan precioso debió ser para él como la luz para el que ha permanecido ciego por largos años; como la fuente para el que espiera de sed y solo puede recibir del agua la salvacion y la vida.

Selgas, que sufría las privaciones inherentes á una posicion oscura, subalterna, indigna de su talento y sus virtudes, pero en la cual se hallaba resignado á sufrir las injusticias de la suerte, se encuentra un dia sorprendido (por causas que nunca hubiera imaginado su modestia) con la proteccion de un Ministro jóven, de talento, cuya importancia se acrecienta á medida que su reputacion se acrisola, y que tiene la delicadeza, peregrina por lo rara, de no brindarle con el favor de un Mecenas sino con el afecto de un amigo.

Circunstancia semejante significaba para él tanto como pasar desde el caos del olvido al mundo de la esperanza y de la gloria. Asi es que á los tres dias de recibida dicha carta pisó por primera vez el suelo de la coronada villa y tuvo la honra de saludar á su ilustre favorecedor, en frases entrecortadas de las que apenas se atreve á articular, porque todo le parece frio, un corazon donde rebosa el verdadero agradecimiento. Poco despues Selgas recibió el nombramiento de Auxiliar del Ministerio de la Gobernacion, con doce mil rs. de sueldo, y el Sr. Conde de San Luis la satisfaccion imponderable que nos resulta de obrar bien y de hacer algo en pro de quien lo merece.

:

Acaso no faltarán personas que al leer las presentes líneas me tachen de lisongero, cuando no cubran mis palabras con el sambenito de aduladoras. No me causará sorpresa: porque ¿de qué no es capaz la maledicencia humana? ¿Ni cómo dejará de escupir veneno sobre el manto de la justicia fecunda, la envidia que se reconoce estéril? Maldigan, pues, en buen hora, maldigan de la veracidad de este escrito los que sintiéndose incapaces de generosidad deseáran que no existieran en el mundo corazones generosos. Maldigan los que amamantados en la escuela de la ingratitude y de la envidia, solo quisieran encontrar envidiosos é ingratos sobre la tierra. Hay acciones en las cuales jamás dejan de estrellarse los tiros de los maldicientes; y á este número corresponde el honrar y favorecer al mérito; el proclamar en voz alta, despreciando las miserias de los que besan los grillos de sus mezquinas pasiones, que no es posible representar en la escena del mundo papel mas digno que el de servir de Providencia á la virtud ignorada, al ingenio modesto y desatendido.

En cuanto á mí, nunca me juzgo mas dichoso ni mas honrado que cuando puedo enaltecer justamente, como me sucede ahora, nobles y generosas acciones. ¡Son tan pocas las que de esta especie se realizan en el mundo! Además, en la presente ocasion, tratándose, como se trata, del Sr. Conde de San Luis, el hacer

justicia es para mí doblemente lisonjero. ¡Es tan grato poder ensalzar dignamente á las personas que nos han favorecido! ¡Es tan dulce y dispierta en el corazon tanto entusiasmo encontrar nobles y grandes á aquellos con los cuales hemos contraido deudas de agradecimiento! ¿Ni qué satisfaccion hay mas pura que la de confesarse agradecido?

Quédese para las almas ruines considerar como carga pesada la gratitud; que yo, no solamente me ufano en dejar consignada en este sitio la mucha de que soy deudor al Señor Conde de San Luis, mas tengo por honra el proclamar, sin temor de que nadie pueda dementirme, que en la presente ocasion el sentimiento de la justicia es únicamente el que ha guiado mi pluma. Por dicha, hasta los mismos enemigos del Sr. Conde se han visto precisados á celebrar el acto generoso de que se trata, y la prensa ha estado unánime en prodigarle los elogios que merece. Ministros tan valedores de las letras y de las artes, como lo es el Sr. Conde de San Luis; Ministros que tan gran interés ponen en el desarrollo de la civilizacion y la cultura, y que tan dados son á reformar útilmente cuanto se encomienda á su custodia, no pueden menos de honrar el pais en que gobiernan.

La proteccion dispensada al jóven Selgas es un acontecimiento verdaderamente plausible para los hombres de saber y de talento, y sobre todo para la juventud estudiosa, que siem-

pre suele ser la mas necesitada de auxilio. Es el primer eslabon de una cadena, gloriosa en alto grado para su artífice. El Sr. Conde de San Luis jamás abandonará un sendero en el que pueden coronar sus sienes flores de inextinguible perfume. Dígalo sino *El Tulipan*, tan bello como elegante, colocado á la cabeza de estas poesías.

Tal es la historia de la aparicion de Selgas en el mundo literario; tal la de la publicacion del presente libro.

Ahora bien: ¿es este digno de las alabanzas que se le tributan? ¿El mérito de *La Primavera* es tal como dicen los que han leído dicha coleccion de composiciones poéticas? ¿Por qué unas sencillas poesías de flores han despertado la atencion de personas entre las que se cuentan algunas que son maestras en el arte, y muchas para las cuales lo bello es familiar, sea cualquiera la forma de que se revista? Voy á procurar demostrarlo.

Toda creacion del ingenio humano tiene dos clases de mérito: uno que podemos denominar relativo; otro al que corresponde de justicia la calificacion de absoluto. Aquel es el que resulta de la importancia de una obra como espresion de un estado social dado; esto es, de la relacion que existe entre la produccion del ingenio y la civilizacion particular de que ha provenido y que ha sido parte á modificarla en sus accidentes, ó en su esencia. Este, el que no se halla sujeto al influjo de las cir-

cunstancias, porque es hijo de cualidades inmutables, y, desentendiéndose de las exigencias de actualidad, se dirige al corazón y al entendimiento humano, en vez de concretarse á hablar un lenguaje que solo puedan apreciar bien los hombres de ciertas y determinadas épocas.

El primero es el único mérito que posee la mayor parte de lo que hoy se escribe entre nosotros. De aquí los aplausos que han coronado y coronan ciertas producciones, buenas relativamente, porque satisfacen las exigencias del vulgo de nuestros días; pero malas en abstracto, porque su belleza, si alguna tienen, es como ya he dicho, relativa, y, por lo tanto, efímera y transitoria. Para esta clase de obras nunca falta un público de admiradores. La multitud aplaude siempre lo que está á su alcance, y la belleza elevada no puede estar jamás al alcance de la multitud.

Merced á esta deplorable circunstancia; gracias al primitivo ejemplo difundido en el campo de la inspiración poética por hombres de gran valía, cuya anárquica ignorancia ha acreditado como fecundas semillas de destrucción y de muerte, el mal gusto se ha entronizado en la arena literaria de nuestra patria; y, auxiliado de un superficialismo punible ha mecido cariñosamente en su regazo á los mas oscuros copleros, dándoles en galardón de sus delirios, con la fama pasajera de un día, el usurpado título de poetas: título que se aplican modestamente en Madrid casi todos los

que hacen versos, y que es para muchos de los que viven á costa de la poesía como una corona de vírgen colocada en la frente de una prostituta.

En este lastimoso estado; cuando tales son los elementos que imperan en los dominios de la poesía española de nuestros tiempos; cuando el mérito relativo, es decir, el prosaismo, la palabrería, la vaciedad, aspira á destronar al mérito absoluto, sin conocer que su triunfo no logrará nunca ser sino momentáneo y aparente, no puede menos de halagar á los que tienen fé en la soberanía de lo bello, á los que gozan admirándolo en las manifestaciones del arte, ver que en tan cenagoso pantano se encuentran algunas perlas; pues tanto será mayor el mérito que las avalore, cuanto mas hayan necesitado encerrarse en el seno de su concha para adquirir los cambiantes luminosos que las embellecen.

Selgas pertenece al número de escepciones tan felices. Es una olorosa violeta nacida en pradales de amapolas y jaramagos. No le pidais fastuosas apariencias; no le pidais la púrpura inútil de aquellas ni el jalde envidioso de estos. Pedidle un color que agrade y que no deslumbre; una fragancia que perfume el alma con su pureza, sin que la muerte la extinga, y vereis cómo su morado aspecto llena vuestro corazon de apacible melancolía; cómo la delicadeza de su aroma os baña en delicias cuya candidez es la candidez del cielo.

Entre el fárrago de una poesía charlatana y prosáicamente ampulosa; en medio del torbellino de versos, verdugos del idioma y de la belleza, que invade los periódicos y el teatro, Selgas ha sabido, en el rincón de su provincia, libertarse del contagio. Sin buscar lo maravilloso ni dar en lo extravagante como algunos de los ingenios á quienes en la actualidad favorece mas el público, ha encontrado en su alma inspiraciones de una originalidad encantadora, y ha tenido el buen gusto de expresarlas con sencillez y en breves términos. Asi vemos que ha sabido combinar diestramente la gracia y ligereza de la forma con la ternura y profundidad del fondo, y que cada una de sus composiciones es un pequeño poema, del cual se puede, en último resultado, sacar no poca enseñanza.

El carácter que distingue esta colección de preciosas flores, del vulgo de las llamadas poesías que diariamente se escriben entre nosotros, es el que resulta de haber sabido el poeta enlazar la idea metafísica á la religiosa y á la humana, buscando, para hacerlas perceptibles bajo la forma simbólica, las analogías que existen entre las pasiones del corazón y el carácter emblemático de las flores y de las plantas.

Para él la naturaleza, que aparece muda á la vista de los demás hombres, tiene una elocuencia irresistible, cuyo primero y mas principal destino es cantar las glorias del Criador.

Sobre tan sólidos fundamentos, Selgas debía edificar y ha edificado alcázares permanentes. Sus poesías reúnen, pues, en abstracto, dos cualidades importantísimas, pero muy difíciles de concertar: el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del norte; la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales. Esta dualidad de caracteres que constituye un conjunto verdaderamente seductor, es el que sublima las inspiraciones de nuestro novel ingenio y las coloca en esfera especial, al lado de las mejores que la musa española ha producido en estos últimos años.

Sin necesidad de que lo diga el poeta, sin que sea preciso consignarlo en este lugar, comprenderá el lector, no bien lea algunas de las poesías que me ocupan, que se han enjendra- do en un alma acostumbrada á los rigores de la adversidad y la desdicha; pues solo un hombre desgraciado puede en climas meridionales espresar bien ciertos sentimientos del corazón, y depositar en el fruto de sus inspiraciones la delicada ternura que tanto nos interesa en las flores de esta preciosa guirnalda.

Ya he dicho que para el autor son elocuentes objetos que para los demás son mudos. Y con efecto, á sus ojos los árboles, las flores, las fuentes, los arroyos, todo, en fin, se halla animado de un espíritu, todo se personifica y se ostenta con los atributos propios del hombre, es decir, con sus virtudes, sus vicios, sus pasiones y sus dolores.

Estas personificaciones están muy lejos de asemejarse á las del politeísmo griego y son enteramente distintas de las que se encuentran á cada paso en las fábulas indostánicas. Para igualar á aquellas sería necesario que el laurel se convirtiese en Dafne; esto es, que la planta, la flor, el arroyo, el árbol tomasen la forma humana: y, sin embargo, en las poesías de Selgas la naturaleza conserva todas las condiciones que le son propias, y la personificación es puramente espiritual, si así se me permite decirlo. Para anular el carácter de las leyendas del Ganges, sería preciso que el objeto personificado, como parte de la misma divinidad, como fragmento del gran todo que la constituye, perdiese mucha de la importancia humana que ha dado á sus alegorías nuestro poeta, y este ha tenido el buen gusto (en lo que estriba á mis ojos la mejor parte de su gloria) de escribir un libro verdaderamente humano, nutrido en la sávia fecundadora y sublime de la moral evangélica.

Las flores de Selgas son de un mérito inapreciable; pues no solo nos encantan sus colores, no solo nos embriagan sus perfumes, sino que la miel depositada en su seno puede servir para endulzar las amarguras de nuestra vida; para fortalecer nuestra alma; para extinguir en ella el resabio de plantas cuyo jugo, deleitable en la apariencia, es en realidad ponzoñoso. En ellas encontramos, pues, unidas á la delicadeza, á la ternura de una mujer (cua-

lidad rarísima en todos tiempos entre los poetas líricos españoles) la virginal candidez de un niño, y la grave y severa profundidad de un filósofo cristiano.

Con semejantes cualidades, ilustrada con tan no vulgares dotes, *La Primavera* de Selgas no podía menos de llamar la atención de las personas de gusto. Un libro que, sin carecer de descuidos ni de defectos, contiene tantas bellezas; un libro que por su originalidad, por su índole, por su objeto se aleja tanto y tan felizmente del sendero que sigue la mayor parte de los ingenios de la corte; un libro que al mérito absoluto que lo realza reúne también el mérito relativo, esto es, una forma cuya belleza no pueden rechazar aquellos que se alimentan de mas groseros manjares, merece la pena de que se celebren sus buenas partes, no solamente en nuestros dias, sino en cualesquiera otros menos aciagos para las letras. Si á esta consideracion se añade la de que dicho libro es el primero que sale á pública luz, de un jóven hasta ahora desconocido, inútil será añadir que el entusiasmo escitado por su lectura en las personas de que se ha hecho mérito es legítimo en alto grado.

Ni malgastaré el tiempo en buscar una calificación determinada para distinguir la familia poética á que pertenecen las flores del vate murciano. ¿Será mayor ó menor su mérito porque las apellidemos con este ó con aquel nombre? ¿Perderán algun átomo de su impor-

tancia, si no nos atrevemos á decir terminantemente que son epigramas ó letrillas, madrigales ó baladas, apólogos ó canciones? Basta con que sepamos que son buenas; y no vacilo en decir que lo son, porque en ellas suelen encontrarse los mas bellos pensamientos espresados en la mas bella, en la mas adecuada de las formas.

Sin embargo, en la mayor parte de tales flores encontramos algo del apólogo y del idilio; del lied nacido en los bosques de la Germania y de los cánticos populares del norte, sin contar cierto aire de semejanza, mas ó menos indicado, con las parábolas bíblicas. Y á pesar de estas diversas analogías parciales, las flores de Selgas son exclusivamente suyas, y tienen una individualidad tan determinada-mente propia, que no se pueden confundir con ningunas de las composiciones dirigidas al mismo objeto, entre aquellas que ilustran nuestro parnaso. Solo ha salido á luz un libro en el que se encuentran algunas inspiraciones análogas á las de Selgas bajo la forma de apólogos: las fábulas de Hartzzenbusch, cuyo mérito es indecible, y que apenas han ocupado un momento la atención del público y de la prensa, quizá por esta misma circunstancia.

Réstame, para poner fin á este molesto proemio, llamar en apoyo de mis palabras algunos ejemplos tomados al azar en las poesías que nos ocupan. Asi no padecerán duda mis razones, y se comprenderá mejor la índole del

poeta al escuchar los acentos nacidos de lo profundo de su alma. Por lo demás, estas citas darán á conocer tambien las prendas mas notables de su estilo y los lunares que suelen afeár á veces cuadros de tanta espontaneidad y tan bien sentidos é imaginados.

El poeta empieza por esclamar con el acento de un alma buena:

«¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!»

Y despues de decir en unos tercetos que no desdeñaría Rioja:

«La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.

«El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo...
Y toda la ilusion desaparece.

«Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría
Y llegan el dolor y el desconsuelo.

.....
«El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega;»

Despues de decir que los recuerdos son un

«Fanal que guarda deliciosas flores»

prorumpie en este sentido apóstrofe, cuyo objeto es el norte fijo y constante de todas sus inspiraciones:

«Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;
 Olvida mis pasados desvaríos;
 Brille en mi corazon tu sentimiento;
 Brille en mi vida y en los versos míos.»

Si le inquietan ensueños de gloria, la personifica bajo el nombre de *Laura*, y nos dice que su hermosura es *pálida*, pero que su palidez es *la de la azucena*. Sus ojos la ven en todas partes:

«En los misterios de la noche oscura
 La escucho suspirar; cual sombra vana
 Por el bosque sombrío
 Me la finje la luz de la mañana;

 Si á mis inquietos ojos comparece,
 Su blanca mano me señala el cielo
 Y rápida otra vez desaparece.»

Si celebra la vuelta de la *Primavera*, esclama:

«Naturaleza toda se levanta
 Fecunda en flores, de perfumes llena
 Y respirando amor.»

Si quiere pintar la *inocencia*, la personifica en un cristalino arroyo, y le dice:

«El áura de quien eres
 Amado y bendecido,
 Te besa, y al besarte
 Se lleva tus suspiros.

«Las aves en tus ondas
 Dan á sus plumas brillo;
 Solícitas las beben
 Para endulzar sus trinos.»

Si aspira á revelarnos los *Misterios de una Pasionaria*, la pinta reclinada entre los brazos de

un sauce arrullada por las áuras y acariciada de los céfiros, y nos dice que

«...De la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas
Ciñen el cáliz oculto,
Y pudorosas lo abrazan;
Dejando entrever suave,
Lijeramente rizada,
Del boton maravilloso
La recogida guirnalda.»

Entonces nos pinta como la mas gentil mariposa del valle, la de mas vistosos colores se posa en la flor:

«Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida
Y como al amor el alma.
.....
Muévase y tiembla la flor;
Y, mas que la espuma blanca,
Se eleva la mariposa,
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afan purificada;
Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza.»

¿Cabe nada mas delicado y mas bello que esta apoteosis del dolor, en la que vemos que los sufrimientos purifican el alma de las brillantes miserias de la vida para conducirla insensiblemente al cielo?

¿Y qué interesante cuadro no ofrece el soneto titulado *El sauce y el ciprés*, en el que un

pensamiento el mas consolador y fecundo aparece ataviado con las galas de la mas selecta poesía? La debilidad humana se rebela contra los padecimientos, envidia una felicidad que no existe en la tierra, y que juzga, no obstante, ver á su lado, y se mustia y languidece suspirando por alargar una vida coronada de tristeza. Entonces el símbolo de la aspiracion y de la plegaria, el ciprés, cuyas ramas huyen de la tierra para acercarse al cielo, esclama, como si hubiese aprendido en el cielo mismo palabras tan consoladoras: — Dichosos los que lloran en este mundo, porque el dolor es el crisol en que se depura el hombre.

Sería interminable mi tarea si hubiese de indicar siquiera la multitud de pensamientos tiernos, profundos, ingenuos ó delicados que abundan en este libro; si hubiese de determinar los rasgos brillantes, las descripciones felices, la singular belleza, en fin, que resalta en todas y en cada una de las flores de tan hermoso ramillete. Creo, pues, que con lo dicho basta para conocer que no es la pasión, sino la justicia, la que ha guiado mi pluma; pero si no se persuadiesen de esta verdad, por los ejemplos citados, algunos de los lectores, lean las poesías tituladas *La Modestia*, *El Laurel*, *La Alondra*, *El Céfito y una flor*, *Lo que son las mariposas*, *Las dos Camelias*, *La Dalia* y otras cuya enumeracion fuera prolija, y en ellas encontrarán la mejor respuesta que puede darse á sus dudas.

¿Deberemos detenernos ahora á decir que es lástima encontrar algunos lunares entre tantas perfecciones, y que la repetición ó mala colocación de algun epíteto, la poca propiedad de algun verbo ó lo poco selecto de algun giro son faltas que el autor ha podido evitar á poca costa y que no han debido aparecer en un libro cuya corrección y elegancia son generalmente tan notables? De ningun modo, porque tal vez el autor hubiera anulado previamente tal censura, si hubiese hecho por sí mismo la edición de sus poesías.

La Primavera de Selgas es un nuevo testimonio de la feliz reacción hácia los buenos principios literarios que se va verificando en silencio, desde algun tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos constantes y generosos de algunos hombres de mérito. Trabajemos, pues, sin descanso para que las letras y sobre todo la poesía, salgan del estado de postración en que hoy se hallan, y no olvidemos la sentencia de Tito Livio, segun la cual siempre vence quien virtuosamente porfía:

Pertinax virtus omnia vincit.

MANUEL CAÑETE.

Al Excmo. Sr. D. Luis José Surtorius, Conde de San Luis, Vizconde de Priego, Ministro de la Gobernación del Reino, &c., &c., cuando en el modesto poeta Selgas tendió una mano protectora al verdadero mérito.

APOLOGO.

Al fin de lluvioso invierno,
De entre sombrío zarzal,
En árida roca y triste,
Nace rojo tulipan.
Orgulloso en su corola
Ostenta, del oro á par,
De purísimo rocío
Una gota virginal.
Al blando halago del aura
Parece que á ceder va;
Y es que busca, en torno suyo,
Dónde el alma dilatar.
En las descarnadas crestas
Ve, melancólico asaz,
Al rudo y añoso roble;
Y por el cielo cruzar,
Que nebuloso le cubre,

Aves de agüero fatal:
 No mas el eco repite
 Que su funesto graznar;
 Ni mas un arroyo copia
 Que aridez y soledad.
 Con hondo murmurio entónce,
 El mísero tulipan
 Exclamó:—«¿De qué me sirven
 Mi lozanía y beldad?
 Do todo es horror y espanto
 La hermosura está de mas.»
 Dijo; y la cerviz altiva
 Dobló con ansia mortal;
 Y los cielos le miraron
 Callado y mustio espirar.

La flor mas linda de abril
 Ví que marchitó el olvido,
 Miéntras de régio pensil
 Llenaba el centro escogido
 La ortiga insolente y vil.

¿Hasta cuándo infausta suerte
 Del saber y la virtud
 Será enemigo el mas fuerte;
 Y entre cadenas de muerte
 Los tendrá en esclavitud?

Dige: y escuché asombrado
 Voz que el bueno reverencia,
 Eco del cielo bajado,
 Que exclamó: «Empiece el reinado
 De la virtud y la ciencia.»

LA PRIMAVERA.

INTRODUCCION.

LA INOCENCIA.—LA VIRTUD.

Bellos los años son , bella es la vida
En aquella feliz edad de flores
En sueños de inocencia adormecida;

Quando el alma no tiene sinsabores,
Y quando el corazon aun no ha pagado
Tributo de dolor á los dolores;

Cuando vive feliz y sin cuidado ;
Muestra de lo que el hombre ser podia ,
Muestra de lo que fué sin el pecado .

Mas ¡ah! que la inquietud y la agonía,
Aun no traspuesta la feliz infancia ,
No nos dejan un punto de alegría .

¡Saber!... necia ambicion, vana arrogancia ;
Pues cuanto mas el hombre en él se empeña,
Mas se cubre de luto y de ignorancia .

¿Qué difícil estudio nos enseña
A cegar el abismo tenebroso
Por donde nuestra vida se despeña ?

¿Es por ventura el sábio mas dichoso ?
Y el que la suerte á las riquezas lanza ,
¿Cuenta muchos instantes de reposo ?

Y la esperanza , en fin... ¿Qué es la esperanza,
Mas que la dolorosa resistencia
¿Que hacemos al pesar que nos alcanza ?

Difícil inquietud, triste experiencia !
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia !

¿Y por qué á la virtud somos estraños?
¿Por qué este afan tenemos á una vida
Tan llena de amargura y desengaños?...

La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.

El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo.....
Y toda la ilusion desaparece.

Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría,
Y llegan el dolor y el desconsuelo.

Y lento llega y perezoso un dia,
Y otro dia tambien; y todo llega
Sin término poner á su agonía.

El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega.

Si lozano el espíritu resiste,
En vano intenta renovar la vida
Dentro de un corazon que ya no existe.

:

Así felicidad la más querida,
La que fuera la luz de la existencia,
Es de nosotros mismos homicida.

¡Infalible verdad! ¡Triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿No es la virtud la amiga bienhechora
Que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor que nos devora?
Si llora con nosotros.... ¡qué dulzura
No derrama en las lágrimas que llora!

Mágica luz de nuestra vida oscura,
Destello tibio, misterioso y santo,
Que sigue al sol de la inocencia pura,

Ella nos cubre con su hermoso manto;
Ella el afán mitiga y el desvelo;
Ella nos presta inagotable encanto.

Ella que es inmortal, porque es del cielo,
Cuando á morir la muerte nos inclina,
Nos llena de esperanza y de consuelo.

Siempre á la par de nuestro bien camina,
Y despues de esta vida transitoria,
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

Ella llena de luz nuestra memoria;
Ella en brillantes páginas escribe
De la vida fugaz la breve historia,

Y solo, oh Dios, para nosotros vive;
Y solo, solo con cuidados paga
Los muchos desengaños que recibe.

¡Quién no será feliz si ella lo halaga!
¿Dónde se halla el placer, dó la ventura,
Que como la virtud nos satisfaga?

Virtud, santa virtud, tu llama pura
Alumbra con sus vívidos fulgores
La triste imágen de mi vida oscura.

Tú sabes mitigar mis sinsabores,
Tú, y el recuerdo de la edad primera,
Fanal que guarda deliciosas flores.

Aurora de tranquila primavera,
Sonrisa del placer mas inocente,
Que fuera nuestro bien si eterna fuera.

Entonces que la vida dulcemente,
Al torpe engaño y la ambicion estraña,
La mansa paz de la inocencia siente ;

Entonces que al espíritu no engaña
El afan de la vida, ni el tormento
De la envidia maléfica le daña ;

Entonces que discurre el pensamiento
Por campos en verdura siempre iguales
Sin pena, ni temor, ni sentimiento ;

Entonces que los lábios virginales
Recogen con espléndida dulzura
La pasion de los besos maternas,

Y el alma coronada de hermosura
Entre Dios y los hombres se levanta,
Emblema hermoso de inocencia pura.

Inocencia feliz que nos encanta,
Virtud que á ser felices nos enseña
Y al bien dirige nuestra torpe planta.

Flores, oh Dios, que en destrozarse empeña
El revuelto tropel de las pasiones
Por donde nuestra vida se despeña.

Mas los grandes y hermosos corazones
A la virtud y á la inocencia fian
Sus castas y queridas ilusiones .

Que la virtud y la inocencia envian
Consuelo al mal , y luz á la ignorancia
De los que á su grandeza se confian.

Llenos de vuestra tímida fragancia,
Venid á perfumar mi pensamiento ,
Dulcísimos recuerdos de la infancia.

Virtud, dame tu fé , dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvaríos;
Brille en mi corazon tu sentimiento;
Brille en mi vida, y en los versos míos !

Abril.—1849.

Mas los grandes y hermosos coros
A la virtud y a la inocencia
Sus castas y puras ilusiones

Que la virtud y la inocencia
Consejo al mal y luz a la ignorancia
De los que a su grandeza se confían

Lejos de vuestras floras
Vendé por siempre mi pensamiento
Dulcesinos recuerdos de la infancia

Virtud abanona te doy tu aliento
Olvida mis pasados errores
Brille en mi corazón tu luz
Brille en mi vida y en los versos mios!

April—1813

AMOR DEL POETA.

¿No conocéis á Laura? ¿No habeis visto
La dulce risa de sus lábios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fé de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa
La casta languidez con que se mueve,

Y la blancura hermosa
Copió en su seno la preciada nieve;
El aura cariñosa
Recogió de su aliento
Los vuelos apacibles y suaves,
Y al escuchar su acento
Trinar supieron las pintadas aves.
Tan pálida y tan bella,
Sus gracias todas le prestó la aurora.
Ríen las flores al mirarlas ella;
Y con dulce armonía
La fuente gime cuando Laura llora.
Su cándida alegría
Es el nacer del Sol ; si mira triste,
Es la tristeza con que muere el día.
Rasgando el manto de la nube oscuro,
No es mas bello el azul del firmamento.
Su corazón es puro;
Como su corazón su pensamiento.

¿Y no la conocéis? ¿No habeis sentido
El suspiro doliente
De sus hermosos labios desprendido?
¿La esperanza jamás os la fingía?
Y en el sueño de amor mas inocente
¿No la pudo entrever la fantasía?
¿Y en apacible calma
Llenos de amor sentís los corazones,

Y guardais en el alma
Profundas y queridas ilusiones.....?

A mí se apareció: la infancia apenas
Me regalaba hermosas
Sus últimas coronas de azucenas,
Sus ya pálidas rosas.

Y yo la ví: mi corazon temblaba
Al sol de sus miradas cariñosas;
Llena de luz y de hermosura estaba.
Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
En ella dejó escrito
El sello de un afan puro y ardiente,
El gérmen de un amor hartó infinito.

Despues huyó. Y desde entonces siento
De su casta hermosura
El corazon sediento;
En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar; cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finje la luz de la mañana;
Búscala ansioso el pensamiento mio
Por la mansa pradera,
Por la márgen del rio,
Cuando la tarde tímida y lijera
Llueve sobre las flores su rocío.
Vive en mi corazon, vive en mi vida;

Mis penas desvanece ,
A mí profundo amor agradecida,
Y calma mi desvelo:
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo ,
Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza
Derrama en mis ensueños un tesoro
De ternura y grandeza,
De armonías, perfumes y colores;
Cielos azules recamados de oro,
Campos cubiertos de lozanas flores.

Vision consoladora,
Manantial de mis dulces alegrías,
Estrella bienhechora,
Luz que ilumina mis oscuros días....
¿Qué fuera yo sin tí?... Planta sin fruto,
Nebulosa mañana,
Corazon lleno de amargura y luto,
Hijo infeliz de la miseria humana.

A LA PRIMAVERA.

Huyó por fin el perezoso invierno:
Las pardas nubes que apiñadas antes
Coronaban los turbios horizontes,
En gigantescas masas divididas,
Disipándose van. Ya no se escucha
Mugir soberbio en las quebradas rocas,
Ni trémulo azotar las ramas secas,
Al ábrego sañudo; ni á su empuje
Rechinando girar en la alta torre
La atrevida veleta. Leves giran
Por el tranquilo azul del firmamento
Tímidas bandas de fugaz blancura,

Recamadas de púrpura y de oro.
Con ellas ciñe virginal la aurora
Sus contornos de luz, cuando en oriente
Al mundo anuncia la feliz mañana,
Y el mundo todo de placer sonríe.

Portadora de dulces armonías,
El aura en fácil y apacible vuelo
Sus alas tiende, y bulliciosa mide
De la ancha vega la llanura hermosa,
Y todo al soplo de su amor verdéa.
En risueña cascada se desprende
Del alto monte el saltador arroyo
Y al prado llega y lo fecunda y baña;
Y ora entre juncos murmurando corre,
Ora en remansos por correr se inquieta,
Ora su dócil curso prosiguiendo,
Las caprichosas márgenes matiza
De tiernas flores que á su paso brotan,
Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,
Del olmo ciñe el corpulento tronco,
Trepá á sus ramas y en la altiva copa
Briösa muestra su naciente fruto.
Riza sus ondas sin descanso el rio,
Doblan su tallo las esbeltas cañas;
El les da perlas de surica espuma,

Y ellas temblando de placer suspiran ;
Y en dulces besos y en sentidos ayes
Sus dichas cantan y su amor le dicen.
Todos cubiertos de riqueza y gala,
Pródigos de perfumes, á lo lejos
Formando bosques, los naranjos tienden
Sus verdes ramos; de azahar vestido
El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan
En el follaje oscuro, ya ligeras
Con vuelo desigual cortan el viento,
Ya , caprichosos círculos formando,
Lucen sus alas de brillantes plumas,
Lucen su voz en armoniosos trinos.
Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor. Abre el tesoro
De sus inmensos bienes, y afanosa,
Como tributo de su amor, lo ofrece
Al apacible cielo que la admira,
Al cariñoso sol que la fecunda.
Lo mismo que en la edad de la inocencia,
Por deliciosos sueños de esperanza
Atraviesan risueñas ilusiones;
Así en el campo de colores lleno
Ahora se siente resbalar tranquilo,
Brillante y claro el bullicioso día,

Tibias y castas las serenas noches,
Dulces las horas.

Primavera hermosa,
Primavera feliz; bendita seas.

Don celestial, magnífico presente,
Estacion de los dulces pensamientos,

Estacion del amor. Harto cansada
De las pálidas horas del invierno

El alma te esperó. Tu influjo blando
Despierta al triste corazon dormido

En el sueño mortal de sus pesares.
Renacen, ay, como tus bellas flores

Las bellas esperanzas. La alegría
Brotó del blando sol de tus mañanas,

Y es preciso olvidar. No mas recuerdos
De penosa inquietud. ¿Acaso solo

Es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dió, ¿no dió el consuelo?

Renace corazon, olvida y vive;
Puedes amar tambien; naturaleza

Tiene templos de amor, y en sus altares
El alma del pesar se purifica.

¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
Vuela en las brisas, y en las flores bebe

Misterios infinitos de ternura!...
Sé bien venida, Primavera hermosa;

Primavera feliz, bendita seas!

LA NIEBLA.

En buen hora vayas tú,
Mansa niebla fugitiva,
Con los bellos tornasoles
Que tu transparencia cria,

Con los tímidos reflejos
Con que la aurora matiza
La caprichosa inquietud
De tus formas infinitas.

En buen hora vayas, niebla,
Agitada y suspendida
Por los vuelos cariñosos
De la perfumada brisa;

Y trémula y afanosa,
Ya súbito desprendida
Finjas sobre el ancho mar
Ténues bandas amarillas;

O ya en sueltos pabellones,
Vagando leve y tranquila,
De púrpura, nácar y oro
Lujosamente te vistas;

O ya en revuelto tropel,
Mal de tu grado indecisa,
Espiral incomprensible
Y maravillosa finjas;

O ya del viento acosada,
Y por el mismo tendida
Beses el cáliz pintado
De las tiernas florecillas;

O mansamente agitada
El vuelo del aura sigas,
Y del bosque gemidor
Los anchos contornos ciñas;

O ya alzándote orgullosa
Desde la pradera umbría,
Flotante penacho imites
Sobre la roca vecina.

En buen hora, mansa niebla,
Tu inquieto camino sigas,
Los ojos te seguirán
Mientras te alcance la vista.

Que ese misterioso vuelo,
Que tu existencia fatiga,
Algo para el alma tiene,
Cuando logra seducirla.

Y tal vez, tal vez, oh niebla,
Eres del alma querida,
Porque nuestro corazón
A lo que cambia se inclina.

Y así te adora y te sigue,
Porque compara tu vida
Con la amorosa inquietud
De sus mansas alegrías.

Dulce hermana de la aurora,
Espejo donde se miran
Del amor ardiente y puro
Las ilusiones tranquilas...

Vuela en paz; y en la alta cumbre
Repite con voz sentida,
Lo que las aguas murmuran,
Lo que las flores suspiran.

En buen hora, manana nublada,
Tu impetuoso camino sigas.
Los ojos te seguiran siempre abiertos,
Mientras te alcances la vista.

Que ese misterioso vuelo
Que tu existencia late
Algo para el alma tiene
Cuando logra ser feliz.

Y tal vez, tal vez, en la vida
Eres del alma querida,
Porque nuestro corazón
A lo que cambia se inclina.

Y así se abren y se cierran
Porque cambia la vida,
Con la amara experiencia
De sus maneras sigaras.

Bajo el manto de la memoria
Cajón donde se esconden
Del amor ardiente y puro el latido
Las historias transparentes.

Tu voz en paz, con el silencio
Repite con voz sencilla
Lo que las aguas murmuran
Lo que las flores susurran.

EL CÉFIRO Y UNA FLOR.

Era una flor: dulcísimo tesoro
De cándida hermosura:
Sus hojas blancas, su boton de oro,
Su tallo fácil y su esencia pura.
Era la flor mas bella
Que nace con el dia.
El céfiro volando en torno de ella,
Murmuraba y decia:
—«Preciada estás, oh flor, de ser hermosa,
¿Y tu altivez por eso
Esquiva desdeñosa
El tierno cáliz á mi dulce beso?

¡Tu orgullo es necio, tu altivez es vana!
Si del alba naciste,
Yo nací del amor de la mañana.
Eres hermosa, pero vives triste.
Hoy vengo todo de perfumes lleno,
Y entre todas te elijo;
Tus hojas abre y dormiré en tu seno.»

Le oyó la flor, y suspiró, y le dijo:
—«Preciado está el sultan de su grandeza.
¡Qué flor esquivaría
El tesoro feliz de su riqueza..!
Dame pues tu armonía,
Tus suspiros suaves;
Pero tu beso... no... me desharia.»
—«¡Solo suspiros quieres!
¿Acaso tú no sabes
Que yo traigo en mis alas los placeres?
Los besos son mis esquisitos dones,
Que yo soy el amor.»—Y en vuelo blando
Casi á besarla alcanza.
Trémula y suspirando,
—«Ay... que mis hojas son las ilusiones,
La flor le contestó : soy la esperanza.»

Flora halló una mañana cariñosa
El hermoso botón, y en él escrita
La huella de un guano maldecido.

— Tu eres la rosa del amor bendita,
Y ese guano ruin es el olvido.
Dijo, y lloró sobre la flor marchita.

1848

EL AMOR Y EL OLVIDO.

Hija querida de la dulce aurora,
Pura como sus tímidos fulgores,
Entre infinitas y galanas flores,
Una mas bella acariciaba Flora.

Alzábase la flor encantadora,
Y creciendo en bellísimos colores,
Mostraba su ternura á los favores
Del solícito afán de su señora.

Flora halló una mañana carcomido
El hermoso boton, y en él escrita
La huella de un gusano maldecido.

— «Tú eres la rosa del amor bendita,
Y ese gusado ruin es el olvido.»
Dijo, y lloró sobre la flor marchita.

Setiembre.—1849.

LA INOCENCIA.

Corre manso y suave
Arroyo cristalino,
Espejo solitario
Entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
Y tan puro y tan tímido,
Como el alma inocente
Del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
A tu influjo benigno
Coronadas se ostentan
De pomposos jacintos;

Dobléganse los tallos
Trémulos, indecisos,
Y en tu corriente flotan
Capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
Entrelazados mirtos,
Cándidas azucenas
Y violetas y lirios

Sobre el borde asomados
De tu raudal tranquilo,
Tu corriente matizan
De colores distintos.

El aüra de quién eres
Amado y bendecido,
Te besa y al besarte
Se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solícitas las beben
Para endulzar sus trinos.

¿Quién eres manso arroyo?
¿Qué poderoso filtro
Te da tanta pureza,
Te da tantos hechizos?

Asi Lálage un dia,
La de mirar divino,
La de la tez de rosa,
La de los blandos rizos,

Siguiendo del arroyo
Los caprichosos giros,
Le hablaba y le decia
Con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce,
Como es dulce un suspiro,
Gimiendo entre la espuma
—«Es la inocencia» dijo.

Y desde entonces Lálage,
Con afan infinito,
Baña sus^lábios puros
En el raudal tranquilo.

Setiembre.—1849.

Así lazo en el espacio
La de mirar divino,
La de la luz de rosa
La de los plomos rizados

Significado del universo
Los caprichosos girsos
La palabra y la dacia
Con sin inusitados

Más una voz tan dulce
Como es hijo un espíritu
Girando entre la espina
— Es la inocencia —

Y desde entonces lazo
Con sin inusitados
Baña una palabra
En el ritual

Setiembre - 1889

Unos años más tarde
Unos años más tarde
Unos años más tarde
Unos años más tarde

• Tu magestad brillante, tu juventud preciosa,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor engrasada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la yemas celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria,
La frente que tú cierras eterna inmortal.

EL LAUREL.

Naciendo la mañana, alzábase pomposo —
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—«Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

«Tu magestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enagenada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

«Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria,
La frente que tú ciñas también será inmortal.»

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hacia el rosado oriente sus alas dirigió:
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora;
Se alzó el laurel de nuevo y el sol lo iluminó.

Setiembre.—1849.

LAS AZUCENAS.

Un cefirillo jóven,
 Fresco y donoso,
 Quejábase una tarde
 Triste y lloroso.
 Toda su pena
 Era el estar prendado
 De una azucena.

Llevábale en sus alas
 Perlas del rio,

Deliciosos murmullos,
Fresco rocío.

A tantos bienes

La ingrata respondia

Solo desdenes:

Él ciego de cariño,

Por ablandarla,

Por si rendirla puede,

Quiso cantarla;

Y en dulce acento

Suspiró de este modo

Su sentimiento.

— «Tu pálida belleza

Blanca y querida,

Es, azucena hermosa,

Luz de mí vida;

Pero me mata

Esa misma hermosura,

Si eres ingrata.»

Oyendo en dulce acento

Tales congojas,

Abrió tímidamente

La flor sus hojas;

Y á verlo alcanza

Puro como los sueños

De la esperanza:

Dióle su amor al punto;
Y en su hermosura
Halló el céfiro amante
De gracia pura
Tanta riqueza,
Que fué el amor de entrambos
Todo pureza.

Y por eso en sus trinos
Siempre suaves,
Por los tendidos prados
Cantan las aves:
—«De aromas llenas,
Son las flores mas puras
Las azucenas.»

Setiembre.—1849.

Dijo en un momento
 Y en su hermosa
 Halló el libro antiguo
 De la gran patria
 Tal vez antigua
 Que fue el amor de entornos
 Todo fuera de agua



Y por eso en sus libros
 Siempre se ve
 Por los sentidos
 Cantan las aves
 —
 Son las flores
 Las flores

1818 — 1819

Es un libro
 Los de los
 Pero me
 Estaba

Oyendo en el silencio
 Tales cosas
 Abrió cuidadosamente
 La flor sus hojas
 Y a cada hoja
 Puro como los ríos
 De la tierra

— 56 —

Deponiendo violenta, con un
Y con rapidez tan súbita, en
Que convocado en el momento
Iba en las alas del viento
De tan penoso camino, la vida
El pobre arroyo cansado
Llegó á la margen de un prado
De

LA CARIDAD Y LA GRATITUD

Donde en silencio reposa la Y
Alzando sus anchos brazos
Formaban listas y verdes
Mirtos, laureles y flores
Y allí
Detuvo
Y apena
Mortu

Si me presta sus favores
Precisa y fiel la memoria,
Voy á contaros la historia
De un arroyo y de unas flores.

—
Salvar mi
Es poder
Y sigue

Recuerdo que la leí,
Y ganó mi corazón;
Pero prestadme atención:
La historia comienza así.

Y en
Por pre
Turbios
Perdida

Por la rápida pendiente
De una montaña sombría,
Un débil arroyo huía
De la furia de un torrente.

:

Despeñábase violento,
Y con rapidez tan suma,
Que convertido en espuma
Iba en las alas del viento.

De tan penoso camino
El pobre arroyo cansado,
Llegó á la márgen de un prado
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores
Alzando sus sueltos talles,
Formaban listas y calles,
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta lijera
Detuvo, formó un remanso,
Y apenas tomó descanso,
Murmuró de esta manera.

— « ¡Triste de mí! mal intento
Salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
Y sigue audaz y violento.

« Y entre sus ondas oscuras,
Por breñas y peñascales,
Turbios irán mis cristales,
Perdidas sus ondas puras.

«En vano de la montaña
Abandono el seno inculto...
¡En dónde, en dónde me oculto
De su poderosa saña!»

Calló el arroyo y sentido,
Dice la historia, y pausado
Por los recintos del prado
Se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,
Doblando los sueltos talles,
Abrieron sus mansas calles
Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
Del arroyo y las congojas,
Unieron sus verdes hojas
Para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,
Y llorando de ternura,
Se ocultó entre la espesura
Que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
Cuando silencio reclama,
Se tendió la verde grama
Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
Salvó su clara corriente
De la furia del torrente
Entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,
Recuerda bien mi memoria,
Que haciendo punto la historia
De esta manera prosigue.

Viéronse desde este día
A las bienhechoras flores
Lucir mas bellos colores,
Mas pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
Eran, y tanto admiraban,
Que de muy lejos llegaban
Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
Tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
Su corriente tan serena:
Ellas murieran de pena
Sin su dulce compañía.

LA ALONDRA.

Cuentan, y es positivo,
Que allá en tiempos mejores
Y en su idioma nativo
Solían hablar las aves con las flores.
De la misma manera,
Con acentos suaves
Y con voz hechicera,
Hablarían las flores con las aves.

Ello es que una mañana,
Mañana deliciosa
Vestida de oro, de jazmin y grana,

Al pié de cierta fuente cariñosa,
Dando al sol sus colores
Y á los vientos su esencia,
Trataban varias flores
Un asunto muy grave;
Pues aunque les sobraba inteligencia,
Ninguna atina ni esplicarlo sabe.

Confusas las traia
Ver á la alondra en afanoso vuelo,
Al empezar la luz de cada dia,
Remontarse hasta el cielo,
Cantar con misteriosa melodía
Y pronta y breve descender al suelo.
Y mas las admiraba,
Que haciendo altiva de su pluma alarde,
De nuevo se elevaba
Al espirar la luz de cada tarde.

Despues de muy diversos pareceres,
Estas flores hermosas,
Que hermanas deben ser de las mujeres
Y como las mujeres ser curiosas;
En asunto tan sério,
Conformes decretaron
El modo de saber aquel misterio;
Y asi determinaron
Que la ocasion primera y oportuna

Al fin se aprovechara ;
Y señalaron una
Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecían sus capullos rojos ,
Medio dormidos en sus hojas bellas,
Cuando vieron venir por los rastrojos
La dulce alondra encaminada á ellas.
Y en el momento una
Fresca y brillante rosa ,
Blanca como los rayos de la luna ,
Le dijo cariñosa :
— « Es inmensa fortuna
Tener en plumas las vistosas galas ,
Y levantarse al cielo
Al manso impulso de las sueltas alas.
Tú en envidiable vuelo ,
Del espacio señora ,
Te levantas y subes
Al espirar la tarde , y con la aurora ,
A las altas regiones de las nubes.
Dinos , alondra leve ,
¿ Qué misterioso encanto
Tus mansas alas mueve ?
¿ Qué nos revela allí tu dulce canto ? »

Sonrióse la alondra (y ya se sabe
Como se puede sonreir un ave) ,

Y saltando lijera ,
Con ademan inquieto ,
Corriendo la estension de la pradera ,
Depositó en las flores su secreto.
Y las flores temblaron ,
Y frescas y lozanas
Jamás este secreto revelaron ,
No igualándose en esto á sus hermanas.
Mas desde entonces al nacer el dia ,
Y de la tarde al esparcirse el velo ,
Las flores con dulcísima alegría
Las frentes alzan contemplando el cielo.

Setiembre.—1849.

LAGRIMAS FECUNDAS.

Una diamela cándida
Y un nardo dulce y tierno
Cariñosos amábanse,
Con el afan eterno,
Con el afan dulcísimo
Del verdadero amor.

Murió la amante tímida;
Lloró el nardo su pena.....
Y al riego de sus lágrimas
La siempreviva amena,
Sobre la flor exánime
Dejó crecer su flor.

Setiembre.—1849.

Y saliendo fuera,
 Con ademan inquieto,
 Corriendo la extensión de la pradera,
 Deposita en las flores su cariño.
 Y las flores se inclinan,
 Y frescas y lozanas
 Jamás más se ven en la vida.
 No ignora el mundo que el amor
 Y de la vida el espíritu es el
 Las flores con dulcísima alegría
 Las flores al fin contemplando el cielo.

Estímulo - 1883

Una diadema cándida
 Y un nudo dulce y tierno
 Cariñosos amábase,
 Con el alma eterno
 Con el alma dulcísimo
 Del verdadero amor.

Murió la amante tímida;
 Lloró el padre su pena...
 Y al riego de sus lágrimas
 La siempre viva amona,
 Sobre la flor exánime
 Dejó crecer su flor.

Estímulo - 1883

MISTERIOS DE UNA PASIONARIA.

Tan leve como un suspiro,
Apacible como el aura,
De azul y carmin y oro
Enriquecidas las alas,
Una bella mariposa
Inquieta y fácil volaba.
Por verla mejor la fuente
Detiene sus ondas claras,
Y por besarla las flores
Afanosas se levantan.
Ella su vuelo siguiendo
Ni se agita ni se cansa,
Y ya entre las flores vuela,

Ya se detiene en las aguas,
Y de la pradera al bosque
Huye, vuelve, gira, pasa,
Torna de nuevo, y de nuevo
Se pierde en las verdes ramas.

II.

Entre los brazos de un sauce
Dulcemente reclinada,
Tiende sus hermosos tallos
Una fresca pasionaria;
Y de la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas,
Ciñen el caliz oculto
Y pudorosas le abrazan;
Dejando entrever suave,
Lijeramente rizada,
Del boton maravilloso
La recogida guirnalda.
Un suspiro incomprensible
En torno de ella se exhala;
Y ora tímida se inclina,
Ora modesta se alza.
En tanto gimen las flores,
Suspira invisible el aura,
Trinan inquietas las aves,
Corre murmurando el agua.

III.

Mirando á la mariposa
Cómo por volar se afana,
Suspira tímidamente
La modesta pasionaria;
Y al sentir que el manso vuelo
Por sus pétalos resbala,
Muéstrale su dulce cáliz
Y parece que la llama.
Miróla la mariposa,
Y leve, trémula y casta,
En el seno de la flor
Plegó las lujosas galas.
Tendia por occidente
La tarde tímida y mansa
Su régio manto de oro,
Su tibio encaje de nácar;
Y en reposado silencio
Flores, aves, fuentes y auras,
Ven el sol cómo se oculta
Tras las vecinas montañas;
Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida
Y como al amor el alma;
Y lo mismo que la tarde
Su vivo color apaga,

Se vé que la mariposa
Pierde el matiz de sus alas;
Y el bello carmin, y el oro,
Y el azul brillante cambian
En esa tinta lijera
Que anuncia la luz del alba.
Muévase y tiembla la flor,
Y mas que la espuma blanca
Se eleva la mariposa,
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afan purificada,
Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza.

Muere el sol en occidente,
Dóblase la pasionaria,
Tornan á gemir las flores,
Vuelve á suspirar el aura;
Las aves trinan de nuevo,
Sigue murmurando el agua.

Setiembre.—1849.

— 66 —

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre
El cetro volador
Y había en su sermón
Yerbas y matyas de olor

Su voluntad poderosa
Porque también era uso
Quiso una vez para esposa
Y regiamente digno
Elegir la

Como era costumbre y ley
Y porque causa delicia
En la numerosa grey
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey

Y en rey la actividad
Cada vez que el mundo
De su rector el mundo
Por precepto del mundo
Del mundo el mundo

Y hasta las cosas
Rugían
Con haris
A ver las cosas
Que celebras

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El régio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y habia en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque tambien era uso,
Quiso una flor para esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vian
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debian.

Lujosa la córte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por sí el régio esplendor
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor,
— «¿Cómo te llamas?» — «Violeta,»
Dijo temblando la flor.

— «¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo — «Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

—«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta ;
Sepa, si alguno murmura ,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo , y el aura afanosa
Publicó en forma de ley ,
Con voz dulce y melodiosa ,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas ;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas ;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

Setiembre—1849.

CELOS.

Preguntábase inocente
Una flor con triste calma,
—«¿Qué es lo que siento en el alma?»
—«Celos,» le dijo una fuente.
Inclinó la flor su frente
Y lloró amargos recelos;
Después mirando á los cielos
Esclamó con voz sentida,
—«Si me da el amor la vida
¿Por qué me matan los celos?»

— Me separé de ventura
Espesa noble y apurada
Sana, a alguna distancia
Quise mejor la distancia
En la distancia

— Y en la distancia
Fue el amor el que me
Con vos me quedé yo
Y en la distancia
Fue el amor el que me

— Huelo el viento
Antes de que llegue
Prácticamente voy a encontrar
Y en la distancia
Fue el amor el que me

— Pregunta que inocente
Una flor con triste calma
— ¿Qué es lo que siento en el alma?
— «Cielos, ¿lo dije una fuente,
Inclino la flor su frente,
Y floré en otras flores;
Después mirando a los cielos
Esclamó con voz sencilla,
— «Si me da el amor la vida
¿Por qué me matan los celos?»

LO QUE SON LAS MARIPOSAS

Del tallo de una rosa,
Pálida por la edad, otra se alzaba,
Inocente y hermosa,
Abriendo apenas el gentil capullo;
Y mientras que su madre la miraba
Con tierno afán y maternal orgullo,
La hija preguntaba:
—«Decidme, madre mía,
Esas fantasmas breves
De nácar y bellísimos colores,
Que, volando con tímida alegría,
Fugitivas y leves
Se agitan con las flores,
Pasan del bosque á la pradera umbría,
De la enramada cruzan á la fuente;
Que vienen cada día
Y acarician mi frente,
Y como el aire blando

Me rozan con sus alas dulcemente;
Y siempre presurosas,
Huyen, vuelven, se van, siempre volando...
¿Es verdad que me aman?
¿Y no es verdad tambien que son hermosas?
¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman?»
— «Se llaman mariposas,
Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos.»
— «¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!
Romped, romped estos estrechos lazos;
Alas prestadme y volaré con ellas.»
— «¿Tu infantil alegría,
Tu virginal y cándida hermosura
Tal vez me dejaria
Sola con mi inquietud y mi ternura?»
— «¿Pues qué son mariposas, madre mia?»
— «De hermosura cubiertas,
Felices y lozanas,
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen á velar por sus hermanas.»

Dos mañanas despues, la jóven rosa
Huérfana se veia;
Y al beso de una blanca mariposa
Sus pétalos abria,
Esclamando afanosa:
— «Velad, velad por mí, oh madre mía!»

«¡Triste truco!... mas en el mundo moran
Seres felices, que el penoso duelo,
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!»

Dijo, y sus ramas apartó en el suelo.
«¡Dichosa, ay, los que en la tierra lloran,
Contéstole un ciprés, mirando al cielo.»

Octubre—1849.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbría,
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recogía,

Un macilento sauce se mecía
Por dar alivio á su constante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena
Al son del viento murmurar se oía:

— « ¡Triste nació!... mas en el mundo moran
Seres felices, que el penoso duelo,
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran! »

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
— « Dichosos, ay, los que en la tierra lloran, »
Contestóle un ciprés, mirando al cielo.

Octubre.—1849.

LA LISONJERA.

Las auras leves,
En vuelo blando,
Van suspirando
De flor en flor.
— « ¡ Quién lo diría!
¡ Quién lo creyera!
La lisonjera
Muere de amor :

« Sus mansas hojas,
Rico tesoro
De lila y oro,
Mustias estan.

:

«Dobla la frente,
Trémula gira,
Triste suspira,
Hondo es su afán.

«Ella que en prendas
De sus amores,
Entre favores
Puso el desden;

«Ella que ha visto
Tantos amantes,
Sin que inconstantes
Penas le den.

«La bulliciosa,
Del amor dueña,
La flor risueña,
La alegre flor;

«La que prestaba
Su amor á un ruego:
Su amor.... y luego
Su desamor.

«La que al arroyo
Que la servía,
Amor mentía
Harto cruel.

« Por ella un nardo
Tuvo desvelos,
Y amargos celos
Lloró un clavel.

« La flor ingrata,
La flor hermosa,
La veleidosa
Ahora mirad.

« Ningun consuelo
Su afan mitiga ;
Amor castiga
Su veleidad.

« Esos suspiros
Tristes y lentos ,
Son los lamentos
De su dolor.

« Oidme flores,
¡ Quién lo creyera !
La lisonjera
Muere de amor. »

Octubre.—1849.

Por ella un nido
Tubo desvelos
Y amigos celos
Lloró un clavel

La flor paraiso
La flor perlas
La flor perlas
La flor perlas
Abora misa

En un mundo
Su amor milia
Amor castiga
Su veleidat

En sus suspiros
Tristes y lentos
Son los lamentos
De su dolor

¡Quién lo creyera!
La disonancia
Muere de amor

October--1819

Amor es un
Hasta el fin

— 64 —

Y quién la lleva,
Ya de placer y de encanto,
Ya de pavor,
Pastora blanca y sencilla...
Cuanto te parece, cuanto,
La flor de la maravilla.

Todas las flores la miran.

LA FLOR DE LA MARAVILLA.

Y si ella canta, suspiran;
Pero cuando llora, lloran.
Y mirando,
Ya palidez, ya colores,
El pasando.

La hermosísima pastora
De la vecina majada,
Tan gentil y encantadora,
Dicen que está enamorada.

Y ello es tanto
Que ya su faz palidece,
O el encanto
De paz en su frente brilla...
Ay... la pastora parece
La flor de la maravilla.

Cuando despierta la aurora
Alegre respira y canta,
Mas triste suspira y llora
Si la tarde se adelanta.

¿Quién la llena,
Ya de placer y de encanto,
Ya de pena?
Pastora blanca y sencilla....
Cuanto te parece, cuanto,
La flor de la maravilla.

Todas las flores la miran,
Porque inocentes la adoran;
Y si ella canta, suspiran;
Pero cuando llora, lloran.

Y mirando,
Ya palidez, ya colores,
Ir pasando
Por su cándida mejilla,
Llámanla todas las flores
La flor de la maravilla.

Hoy al espirar el día,
Por entre las flores bellas
Pasó, y alegre venia;
Mas no se detuvo en ellas.

Y una rosa,
De cien claveles amada
Por lo hermosa,
Esclamó con fé sencilla :
— «¿Sabeis?... Está enamorada
La flor de la maravilla.»

EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era
Su dulce madre una fuente:
Suspirando tristemente
Hablaban de esta manera.

—¿Estás triste?

—¡Oh madre mia!

—¡Suspiras tanto!

—¡Ay de mi!

—¿Quién te da penas?

—El dia.

—¿Te gusta la noche?

—Sí.

—¿Pasas el día....

—Llorando.

—¿De tristeza?

—De dolor.

—¿Pasas la noche....

—Velando.

—Hijo ¿qué tienes?

—Amor.

—¿Sin consuelo?

—Sin consuelo.

—¿Y sin esperanza?

—Alguna.

—¿A dónde miras?

—Al cielo.

—¿Quién es tu vida?

—La luna.

—Cuando la ves ¿te da pena?

—Lleno de placer suspiro.

—¿Te mira dulce y serena?

—Me mira mucho y la miro.

—¿Quién calma, si se detiene,

Tu amoroso devaneo?

—La ven mis ojos si viene,

Si no, la ve mi deseo.

—Ese amor es desvarío

Y nadie amó de esa suerte;

Porque ese amor, hijo mio,
Lleva en sus ansias la muerte.
— ¡La muerte! dulce alegría,
Única esperanza bella;
En muriendo, madre mia,
Subiré á vivir con ella.

Inquieta gimió la fuente;
Bendiciendo su fortuna,
Levantó el galan la frente,
Y apareció por oriente
Melancólica la luna.

Octubre.—1849.

Porque esa amor, hijo, más es
Lleva en sus alas la muerte
— la muerte dulce, alegria
Unica esperanza bella
En mundo, madre mía
Subiré a vivir con ella

...
Indolente en la luna
Baudouin en la luna
Porque el alma la luna
Y que es por un momento
Maldad de la luna

Octubre - 1912

LAS DOS CAMELIAS.

Tú sabes, Circe mia,
Que tus hermanas las hermosas flores,
Aunque parecen llenas de alegría,
De esperanza y de amores,
Tienen tambien sus horas de agonía
Y de pena cruel y sin sabores;
Y sabes quepreciadas
Hay flores vanidosas,
Y que hay flores tambien desventuradas,
Que no es el solo bien el ser hermosas.

Quiérote decir esto, Circe bella.....
Mas una historia escucha,

Que á contarte me obligo ;
Y si piensas en ella ,
Comprenderás muy bien porqué lo digo.

En la bordada orilla
De un manso y melancólico arroyuelo ,
Brillaba con lujosa maravilla
Una camelia pura ,
Delicioso modelo
De fresca juventud y de hermosura.

De su tallo arrancada ,
Y en la márgen amena
Marchita y deshojada ,
Otra camelia ¡ay triste! se veia ,
Que de pesares llena ,
Entre las yerbas húmedas yacia.

La camelia lozana ,
Arrogante y hermosa ,
Y como hermosa vana ,
Miraba desdeñosa
El triste llanto de su pobre hermana.

La flor marchita la miraba en tanto
Con lánguida dulzura ;
Y dando tregua á su callado llanto ,
Dijo con amargura ;

— « También yo tuve deliciosas galas,
Y jóven hermosura ;
Y lejos de pesar y de congojas
Los céfiros rizaron con sus alas
El doble manto de mis dobles hojas.
Yo tambien he vivido
Al dulce amparo de dichosa estrella,
Y tambien como tú, tambien he sido
Casta, y gentil, y virginal, y bella.

« Mas supe que era hermosa ;
Me lo dijeron tantos á porfia.....
Que me hicieron soberbia y vanidosa ;
Y solo apetecia,
Oh locas esperanzas,
El soplo venenoso
De pérfidas y torpes alabanzas.

« Una mano traidora
Cortóme un dia de mi tallo hermoso
y—Flor encantadora,
Me dijo con acento cariñoso,
Si tan hermosa eres,
¿Como en la soledad y en la tristeza,
Sin lujo vives y olvidada mueres?
Ven y serás el sol de la belleza,
Y la reina serás de los placeres—

« Y fuí; y en el esceso
De mi crüel locura,
Presté mis hojas al impuro beso,
Y cayó marchitada mi hermosura.

« Despues..... los que admiraron
Mi fresca juventud y lozanía,
Pronto me abandonaron
A mi eterno dolor y mi agonía. »

Calló la flor, pero siguió llorando;
Y al oír sus congojas,
La camelia feliz, triste y temblando,
Cubrió su cáliz con sus dobles hojas.

Nunca turbe esta historia
Tu cándida alegría;
Mas ténla en la memoria,
Y no me olvides nunca, oh Circe mia.

Octubre.—1849.

LA INGRATITUD.

La mas modesta página
Del libro de las flores
Refiere unos amores
Que mil veces leí.
Y en versos siempre fáciles,
Con majestad graciosa,
—«Eran, dice, una rosa
Y un cándido alelí.

«Brillaban á la tímida
Luz de la aurora bella,
Jóven y hermosa ella,
Hermoso y jóven él.

Y nunca el blando céfiro
En su volar constante
Vió rosa mas amante,
Ni un alelí tan fiel.

«Él de esperanza trémulo
Dióle un suspiro un dia;
Mas, ah, como solia,
La flor no suspiró.
«Entonces melancólico,
Doblando la cabeza,
De profunda tristeza
El alelí murió.

«Regó con tristes lágrimas
Su ingratitud la rosa,
Y pálida y penosa
Pasó su juventud.
Porque flores y céfiros
Huyeron de la ingrata,
Y aprendieron que mata
La negra ingratitud.»

Noviembre.—1849.

Vivió en los prados la adelfa,
Gentil, blana y pomposa;
Dulce orgullo de la fuente
Que murmuraba á su sombra.

Y vío del prado leonado
Sobre las bordadas ondas
Flores de inmensa hermosura

LA ADELFA.

Tuvo venturosos desvelos

Y pesares, y congojas...

Y tuvo envidia la adelfa;

Pero lo supo la aurora.

—Vive la adelfa triste,
Siendo gentil y hermosa,
En solitarios campos,
O en las desiertas costas.

¿Por qué no crecen flores
Bajo sus verdes hojas?

¿Por qué la adelfa vive
Tan apartada y sola?

¿Qué penas la entristecen?

¿Qué pesares devora?...

—Flores, prestadme oído
Y os contaré su historia.

Vivió en los prados la adelfa,
Gentil, ufana y pomposa;
Dulce orgullo de la fuente
Que murmuraba á su sombra.

Y vió del prado fecundo
Sobre las bordadas ondas,
Flores de inmensa hermosura
Y de riquísimo aroma.

Tuvo continuos desvelos,
Y pesares, y congojas....
Y tuvo envidia la adelfa;
Pero lo supo la aurora.

Y allá á los desiertos campos
Y á las solitarias costas
Hízola huir, pues la envidia
Cuanto respira emponzoña.

Por eso la triste adelfa
Vive macilenta y sola,
Y guarda amargo veneno
Oculto en sus verdes hojas.

Las aves dijeron: — «La causa congojosa
El vuelo ofensivo del aura sutil?»
La flor por respuesta cerró mas sus hojas,
Y lento doblóse su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura
Abrió muy despacio sus hojas la flor:
Fecunda brillaba en esta hermosura.
¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

LA DALIA.

Noviembre — 1848.

— «La Dalia es hermosa,» cantaban las aves,
Volando ligeras en torno á la flor:
La flor ocultaba sus hojas suaves,
Temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquiva, las aves decían,
Que guarda su cáliz del sol celestial?»
Y mas afanosas sus alas batían,
Y mas se ocultaba la flor virginal.

Las aves digeron: « —¿Te causa congojas
El vuelo officioso del aura sutil? »
La flor por respuesta cerró mas sus hojas,
Y lento doblóse su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura
Abrió muy despacio sus hojas la flor:
Fecunda brillaba su casta hermosura.
¡ Oh brillo fecundo del casto pudor !

Noviembre.—1849.

NO ME OLVIDES.

Hay una flor hermosa,
No tanto como Circe,
Casta como las flores,
Y como casta humilde.

Su esencia es dulce y mansa,
Su tallo manso y triste;
Son ayes sus suspiros,
Misterioso su origen.

Cúidanla con esmero,
Y afanosos la sirven,
El inocente arroyo
Y el céfiro apacible.

Suplica quien la nombra,
Quien ama la bendice,

Y espera quien con ella
La blanca frente ciñe.

En ausencias penosas
De amantes infelices,
Lleva el dulce mensaje
De lo que el alma dice.

La guarda la doncella
Que enamorada vive ;
Fecúndala inocente
Su corazon de vírgen ;

Porque la flor es todo
Lo que su amor exige,
Lo que su afan desea,
Lo que sus sueños fingen.

En la pasion primera,
Dulcísima y sublime
Muestra sus mansas hojas,
Y oculta sus raices.

Es un recuerdo hermoso,
Es, ay, un imposible ;
Es esperanza bella,
Es inquietud que aflige.

Esta flor misteriosa
Se llama : «No me olvides»

— 88 —

Y están sus frescos brazos
En volutas rizadas y sus brazos
Las ramas que desde el viento
Del alamo arrancadas al viento
Que le dio sentido al viento
Fronza por ellas otras
Y las ramas rizadas
Hasta donde
En la granada
Con delicias placidas

LA ENREDADERA.

Mas
Mas
Mas
Mas
Y
Y

Y sus hojas de esmeraldas

Crece al pié de la ventana
De Luz, la hermosa aldeana,
Una hermosa enredadera,
Que mece dulce y lijera
El aura mansa de abril.

Entre sus ramos frondosos,
Verdes, brillantes, pomposos,
Muestra blancas y amarillas
Perfumadas campanillas
La enredadera gentil.

Y ciñen sus frescos brazos
En voluptuosos lazos
Las ramas que besa el viento
Del álamo macilento,
Que le dió sombra al nacer.

Trepa por ellas altiva
Y las oprime lasciva,
Hasta descansar ufana
En la graciosa ventana
Con delicioso placer.

Muestra la flor cada día
Mas lujosa gallardía,
Mas espléndida riqueza,
Mas delicada belleza,
Y mas vida, y mas amor.

Y sus hojas de esmeraldas
Forman ligeras guirnaldas;
Y brillan como un tesoro
Flores de nácar y oro
Sobre el fecundo verdor.

Apoyada en su ventana
La cariñosa aldeana,
Ve la rica enredadera
Tregar altiva y lijera,
Brillar pomposa y crecer;

Y por los ramos tendidos,
Vagan sus ojos perdidos;
Y como la planta bella
Siente la hermosa doncella
Indefinible placer.

Con inocente delicia,
Besa dulce y acaricia
La rama fresca y lozana,
Que dibuja en su ventana
Maravilloso feston;

Y no sabe la doncella,
Porqué al ver la planta bella,
Y al acariciarla tanto,
Siente un misterioso encanto
Brotar en su corazon.

Y le dice:— «Dulce planta,
¿Por qué tu verdor me encanta,
Por qué al mirarte suspíro,
Por qué, flor, si no te miro
No siento tanto placer?»

Y la flor maravillosa,
Por lo fresca y por lo hermosa,
Le contesta dulcemente:
— «Porque es como yo inocente
Tu corazon de mujer.»

Y apenas nace la aurora,
La doncella encantadora
Abre su casta ventana;
Y ve pasar la mañana
Acariciando á la flor.

Su gala fecunda admira,
Admirándola suspira,
Suspirando la bendice...
Y la hermosa flor le dice,
— « Yo soy el primer amor »

Noviembre.—1849.

— 80 —

Hácelas todas las flores
Carísimas conchinas
Para calmar sus dolores
Para hacer esperanzas
Para alimentar amores

Con sus ojos de contento
Canta el dulce paloma

LOS PENSAMIENTOS.

En el mundo
Que es el mundo
El de un tiempo pensamiento

A ellos deben su armonía
Sus alas de amor suave
Se hacen la armonía
Y en dulce melodía
Fuentes, surtos, flores y aves

Esas que besan los vientos
Agrupadas florecillas,
Que en sus dulces movimientos
Nos parecen tan sencillas,
Son hermosos pensamientos.

El aura los enamora ;
Prendada de su belleza
Dulcísimas perlas llora ;
Y ellos alzan la cabeza
Para mirar á la aurora.

Hácenles todas las flores
Cariñosas confianzas
Para calmar sus dolores,
Para fingir esperanzas,
Para alimentar amores.

Con sus ayes de contento,
Canta la dulce paloma
En el bosque mácilento,
Que es el mas precioso aroma
El de un tierno pensamiento.

A ellos deben su armonía,
Sus alas de amor suaves,
Su inocente lozanía,
Y su dulce melodía,
Fuentes, auras, flores y aves.

Consultan á los que lloran,
Nacen cándidos contentos,
Paz y amor donde ellos moran.
¡Cuánta riqueza atesoran
Los hermosos pensamientos!

Callan las aves, y en el bosque susurro
Entre las ramas se ocultarse van;
Duerman las flores y murmurans el río;
Auras y fuentes suspirando estan.

En los campos misteriosos huella
De tibis jaz, que aspiran desmayar
El cielo cruzan en volutas estruella;

EL SUEÑO DE LAS FLORES.

En las huellas de suspirantes
Presta á las flores celestial color;
Y dulce en ellas por igual dormian
Cantar empujados de inocente amor.

Si á unar las flores en el mundo existian
Que podian ellas en sus sueños ver
El amor dice que las flores suspiran
Misterios, ay, de virtual placer.

Era una tarde de apacible ambiente,
De manso aroma y celestial color;
Iba gimiendo de placer la fuente;
Las auras iban suspirando amor.

El sol se oculta en el gentil collado,
Que airoso corta el horizonte azul;
Sobre las flores del fecundo prado
La niebla tiende su bordado tul.

Callan las aves, y en el bosque umbrío
Entre las ramas á ocultarse van ;
Duermen las flores y murmura el río ;
Auras y fuentes suspirando estan.

En pos dejando misteriosa huella
De tibia luz, que espirará despues,
El cielo cruza silenciosa estrella ;
La blanca estrella de los sueños es.

La luz dudosa de su inquieta llama
Presta á las flores celestial calor ;
Y dulce en ellas por igual derrama
Castos ensueños de inocente amor.

Si á amar las flores en el mundo enseñan,
¿Qué podrán ellas en sus sueños ver ?
El aura dice que las flores sueñan
Misterios, ay, de virginal placer.

Sentir del aura el cariñoso vuelo,
Oir del agua el armonioso son,
Amarse mucho, y contemplar el cielo....
Sueños y vida de las flores son.

Noviembre.—1849.

VERDADERO AMOR.

Un jacinto bellísimo servia
Con delicado esmero
A una rosa gentil de Alejandría.
Por lo hermoso y galan era el primero
De cuantos ostentaba la pradera;
Y la rosa en verdad.... era imposible
Que naciese otra flor mas hechicera.
Su apasionado amor indefinible
Jamás les dió pesares ni desvelos;
Amor, todo ventura,
Y.... ¡cosa original! amor sin celos.

Alelúes, y lirios, y amarantos
Envidiaban la dicha del amante,
Mirando de la rosa los encantos.
Con afan incesante,
Con celosa agonía
Tambien lilas y acacias envidiaban
La dicha de la flor de Alejandría.
Y todos á la vez se conjuraban
Con obstinado empeño,
Por romper el amor que los unía.

La Reina de las flores, sabedora,
Mostrando enojo en el altivo ceño,
Dijo con majestad encantadora:
—Porque en mi reino entero
La torpe envidia su castigo vea,
El amor verdadero,
Hermoso, puro, indestructible sea.

23 Abril.—1850.

LA VIRTUD.

En un valle riquísimo
Por sus hermosas flores,
Un clavel dulce y pálido,
Sin galas ni colores,
Su vida melancólica
En el olvido vió.

Pero al morir.... sus pétalos
Tornáronse olorosos,
Y las flores y el céfiro
Miraron silenciosos
Crecer fecundo el sándalo,
Donde el clavel murió.

Alfons y María y sus hijos
Estaban en casa del padre
Mirando de lejos las montañas
Y los ríos que se ven
Por los cerros altos

Y cuando el sol se ponía
Y el viento se levanta
Ellos se miraban
Y se reían
Y se abrazaban

Y cuando el sol se levanta
Y el viento se levanta
Ellos se miraban
Y se reían
Y se abrazaban

En un valle profundo
Por sus hermosos ríos
En el valle del río
Sin salir ni un paso
Se veía maravillosa
La naturaleza

Y en el valle
Y en los ríos
Y en las montañas
Y en el valle del río
Y en los ríos
Y en las montañas

LA HORTENSIA Y LA MADRESELVA.

La Madreselva.

La dulce frente inclinada,
Sin color y sin esencia....
¡Pobre flor desconsolada!
Tú vives enamorada,
Y sufres males de ausencia.

Lloras tu amante perdido,
Y es inútil tal desvelo.
Tierno corazón herido,
Para encontrar el consuelo,
Necesitas el olvido.

La Hortensia.

Si no llorára á mi amante,
Perdiendo color y esencia,
No fuera mi amor bastante;
Yo lo siento mas constante
Con el rigor de la ausencia.

Tres auroras han nacido
Desde que le lloro ausente.
Yo no sé lo que he sufrido....
La palidez de mi frente
Podrá decir si le olvido.

La Madreselva.

Tu padecer es bastante ;
Yo calmaré tu dolor.
Espera flor á tu amante ;
Que si tú eres tan constante,
Yo tengo lazos de amor.

22 Abril.— 1850.

ANGÉLICA.

La Oracion.

I.

En religioso silencio,
En calma triste y profunda,
Praderas, montes y valles
Ni suspiran, ni murmuran.
Coros de blancas estrellas
Brillan en luz moribunda;
Otras allá en occidente
Se desvanecen confusas.
El alba apenas sonrie,
Guardando mal su hermosura
El casto velo que bordan

Lijeras franjas de púrpura.
La brisa vuela llevando
Tímida, indecisa y muda
Suspiros tan melodiosos,
De tan plácida dulzura,
Que mas el alma los siente,
Que el oído los escucha.

II.

Sobre sus tallos dormidas
Dulces las flores se arrullan,
Y en leves ondulaciones
Con suavidad se columpian.
Despierta una flor, y alzando
Al cielo la frente pura,
En éxtasis inefable
Las lozanas hojas junta;
Y del pudoroso seno
Brotando la esencia oculta,
Manda á la aurora el suspiro
De su amor y su ternura.
Entonces maravillosa
Sobre su frente fulgura
Una gota de rocío;
La flor se estremece y duda;
La perla baña sus hojas,
Y el tierno cáliz fecunda.

III.

La clara luz de la aurora
Prados y valles inunda,
Arroyos, auras y flores
Puros acentos modulan.
La tierna Angélica muestra
Tan delicada frescura,
Que jamás fué mas hermosa,
Ni mas perfumada nunca.
Las flores todas la admiran,
Las mariposas la buscan,
Las auras en ella sola
Sus blandas alas perfuman,
Y porque sus ondas bese
La fuente á sus pies murmura,
Ofreciéndole en tributo
Suelos encajes de espuma.
La flor sonrie, se inclina,
Y suspirando se oculta.

23 Abril.—1850.



SERENATA.

La Espuma del Agua.

Las ilusiones, niña,
Que el amor fragua,
Son, ay, como la espuma
Que forma el agua.

Nacen y crecen,
Y como espuma vana
Desaparecen.

Viste el arroyo manso
Con gala suma,

:

Sobre su azul corriente
Rizada espuma:

Los corazones
Se visten de esperanzas
Y de ilusiones.

Azules son tus ojos,
Niña inocente,
Apacibles y claros
Como la fuente;
Y tu mejilla
De la espuma lo blanco
Vence y humilla.

Tu lánguida belleza
Retrata en suma
Lo hermoso de la fuente
Y de la espuma.

Si amor los fragua,
¿Serán tus pensamientos
Espuma y agua?

Al soplo de la brisa
Que se deshace
En las ondas azules
La espuma nace;
Y apenas crece,
De la brisa otro soplo
La desvanece.

A tus suspiros dulces,
Mansos y lentos,
Brotaron amorosos
Mis pensamientos;
 ¿Mas tú no alcanzas,
Que como espuma mueran
 Mis esperanzas?

Si la ilusion querida
Que el amor fragua
Se asemeja á la espuma
Que forma el agua;
 La tuya lleve
Lo blanco y lo modesto,
 Nunca lo breve.

Se adelanta la aurora.
Mansa y serena;
Ay, tu no sabes niña
Cuanta es mi pena;
 Porque me abruma,
Si será tu cariño
 Agua y espuma.

